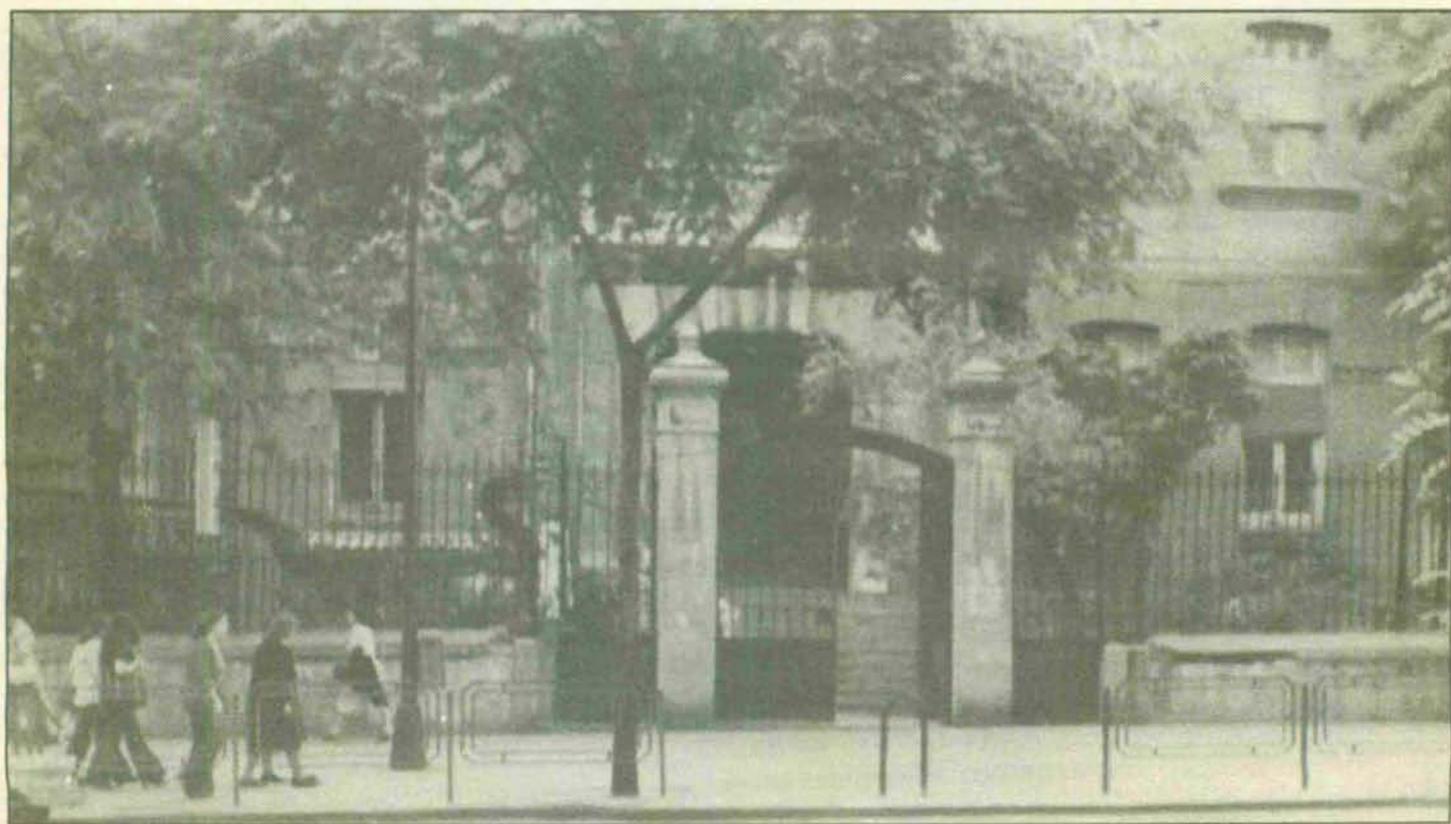


# Prisión de Torrijos

Manuel Izquierdo

**E**STABA en el patio la casi totalidad del efectivo permanente de la prisión. Alrededor de dos mil hombres, de los cuales había que restar en aquel momento —media mañana— los destinados, los enfermos y quienes iban o venían a los locutorios para las comunicaciones. Aparte de algún gran impedido, los demás, generalmente a dos, en grupos de tres o cuatro, medían de arriba abajo la longitud del espacio en paseos más bien rápidos y sin fin. No había otra forma de defenderse contra el riguroso frío de aquel duro invierno de 1940-1941.



Entrada del edificio conocido entonces como Prisión de Torrijos. Dedicado hoy a la «Fundación de Doña Fausta Elorz» y sito en la actual calle del Conde de Peñalver.

**L**A salida al patio estaba inexorablemente dispuesta por el primer jefe de servicios. Los otros dos, el director mismo, eran simplemente funcionarios que se limitaban a cumplir el reglamento en forma cómoda, sin historias para los detenidos y para ellos mismos. Enfundados en sus ropas usadas y más que raídas, los paseantes no ostentaban signos de abatimiento por su condición. Hablaban, hablaban sin fin

entre ellos. A veces se adivinaban discusiones acaloradas.

Rotas las filas al salir al exterior desde las salas, por el lado de la izquierda se habían precipitado bastantes detenidos hacia los w.c. Delante de cada uno de ellos se formaba la cola de espera correspondiente. Una de estas, sin embargo, era más que doble respecto a las otras. Lo que hacía que cualquier nuevo llegado no la elegía para

guardar turno. Era difícil observar que esta larga hilera no disminuía, el w.c. permanecía siempre cerrado, pero ninguno de quienes estaban «apretados» protestaba por el largo servicio del encerrado. Milagrosamente, al salir éste se deshizo la cola en unos cuantos segundos; sólo uno de quienes esperaba entró a sus necesidades. Fidel fuera, la misión de los demás había terminado. Que no era otra que la de proteger la tranquilidad de aquél mientras leía el diario. El diario legal se sobrentiende. «Arriba», «Ya» o «ABC», entrado en la cárcel clandestinamente. Y que al salir Fidel del retrete había corrido hacia las alcantarillas. Lo esencial, el contenido del periódico, lo había grabado en su mente. Ahora, de grupo en grupo, Fidel daba cuenta de las noticias, de los artículos, de las historietas y caricaturas si tenían interés. Luego, los grupos se dividían y subdividían, se reformaban. Al tocar rancho la población penal en su conjunto estaba ya informada, había discutido la situación general.

## DE TORRIJOS A CONDE DE PEÑALVER

Todo esto pasaba a pesar de don Antonio, como le llamaba el grupo reducidísimo de falangistas. Entre éstos se contaban un mutilado «vencedor» —pues también, naturalmente, había mutilados vencidos—, un ex joven libertario, descubridor de las delicias del imperio azul en el campo de Albaterra, más un gallego semianalfabeto y legionario. Y es que don Antonio, quien cambiaba los ostentosos uniformes y gorros mussolinianos con gran frecuencia, desechando el atuendo de funcionario de prisiones, estaba siempre en guardia. Especialmente contra quienes creía, suponía o sabía comunistas. Rumores se arrastraban por la cárcel de que en los meses aciagos de 1939 se descubrió en el interior un «complot», que una noche se llevaron a algunos de quienes no se volvió a saber nada.

Si la prisión de Torrijos tenía permanentemente alrededor de dos mil detenidos, el número de los pasados ya por ella en aquel invierno de 1940-41 podía triplicarse o cuadruplicarse. Las expediciones para otras cárceles, para los destacamentos, para los penales, se sucedían. A estos últimos iban los condenados a doce años y un día hasta veinte, de veinte años y un día a treinta, los conmutados de pena de muerte... Durante la formación para el recuento de la tarde eran llamados quienes pasaban a capilla.

Torrijos fue en seguida «popular» como prisión, tal como lo era la calle madrileña así designada. Pasados los ajetreos franquistas de habilitar cárceles en los primeros meses de la «victoria»,

pensaron los ediles y quienes no lo eran en los cambios de nombres. Para sustituir al de don José María, el general fusilado por Fernando VII en 1831, encontraron el del Conde de Peñalver, en busca de destino éste al arrojarle de la Gran Vía. ¡Ay del preso que escribiera en un sobre o recibiera una carta con el antiguo denominado!

A la plantilla del director, de los tres jefes de servicio, funcionarios y guardianes había que añadir el del capellán. El que tocó a Torrijos se revelaba por su paternalismo. Muy seguro de sí mismo, estaba convencido de que sus sermones durante la misa dominguera, sobre Copérnico y sobre la calidad de la leche cristiana con que se amamantó a los presos, tenían un papel decisivo para la salvación de aquellas dos mil almas atormentadas. Lo que verdaderamente apreciaban los reclusos era que en los discursos sacerdotales se desmentía enérgicamente todo lo que en efecto pasaba en España y en el mundo. Actitud que les suministraba un complemento de información.

Hasta su reorganización en la primavera de 1941, la prisión de Torrijos tuvo un contingente de detenidos políticos en su aplastante mayoría. Es, pues, un poco aventurado designar o extraer algunos nombres de quienes por allí pasaron. Se



El capellán de la cárcel de Porlier explicando los Sagrados Evangelios a los presos, durante la década de los cuarenta.

puede intentar si se cuenta con la benevolencia de los silenciados —la casi generalidad— y al destacar que ese silencio o relieve no implica olvido, postergación ni demérito para nadie.

Si desde los primeros días de la entrada de los franquistas en la capital fue habilitado el antiguo convento de monjas para lugar de arresto, ello no quiere decir que sólo a partir de entonces se pueda contar el tiempo de cautiverio de los hombres allí encerrados. Por ejemplo, los comandantes Paredes y Suárez, jefes ambos de divisiones republicanas en el Ejército del Centro, habían sido ya lanzados a celdas y cárceles desde marzo del 39 al obtener la junta casadista su triunfo pírrico. Eran, por ello, los veteranos de tantos miles de detenidos.

Precisamente en el comandante Suárez se daba una de las características de la «justicia» en tal período. Al comparecer ante el juez que instruyó su expediente, éste le acusó, por ser guardia de asalto en julio de 1936, de haber participado en la muerte de Calvo Sotelo. ¡Era la papeleta para todo guardia u oficial del Cuerpo! Naturalmente, el comandante Suárez rechazó la mentira como una monstruosidad. Mas entonces el acusador no debía probar su denuncia. Esta se consideraba como un «hecho probado» a menos que el encausado la deshiciera. Al comandante Suárez no le quedó otro remedio que, para descartar lo

que se le venía encima, acusarse por otro hecho. En julio de 1936 prestaba sus servicios en Galicia. Desde allí fue enviado al frente contra las fuerzas de la República, a cuyas filas pasó en la primera ocasión. El juez quedó satisfecho: cargo por cargo... La salida de los comandantes Paredes y Suárez causó sorpresa e inquietud entre los detenidos. En pleno día y por el altavoz del patio fueron llamados «con todo lo que tuvieran». ¿A dónde les llevaban? Todavía no habían pasado ante el consejo de guerra, aquella no era la hora de las sacas, los traslados se conocían con antelación. El misterio planeó sobre la población reclusa... y todo siguió su marcha.

## EL CORTE Y LA SEPARACION DE EPOCAS

En el año 1939 y en los que le siguieron, hoy mismo cuando se considera tal época, es lo más frecuente y general hablar de los detenidos «por la guerra». Es esta una de las formas de practicar la separación de épocas, el aislamiento de generaciones, el subrayar la idea, difundida entonces por los interesados, de que aquello era para siempre. Franco había trazado una frontera: el 1.º de abril de 1939. Sin embargo, en Torrijos como en otras prisiones madrileñas había ya algunos «posteriores». Comunistas metidos en expedientes diferenciados, vascos llevados desde Euskadi, porque quienes caían con tal acusación en cualquier punto del país eran trasladados inexorablemente a Madrid.

De los primeros meses quedaba en la cárcel el recuerdo de dignidad dejado por el ya fusilado don José Serrano Batanero, el conocido abogado republicano. Ocasión hubo en que un guardián —ni siquiera funcionario— llegó gritando por «Serrano Batanero». Ante la inutilidad de su indagación, el recluso jefe de sala insinuó al demandante la conveniencia de comenzar por «don José». Así, cuando el guardián declinó el nombre y apellidos precedidos de la partícula de respeto a que como hombre de carrera, cargo y ciudadanía tenía derecho don José, se levantó éste y se presentó. Al sentir más tarde la hora de su saca, se cortó un mechón de cabellos que entregó a un amigo próximo a fin de que lo hiciera llegar a su hija.

La sombra del «complot» planeaba siempre sobre Torrijos, especialmente todo un día —durante veinticuatro horas— de cada tres. Los presos llevaban muy bien en cuenta la entrada y salida de cada jefe de servicios. Habían de evitar a toda costa cualquier compañía o actitud que sabían no gustaría a Bustamante si aparecía súbitamente en una ventana situada sobre el



Facsimil de un número de «Redención», órgano del Patronato Central para la redención de las penas por el trabajo.



Angulo de la antigua cárcel de Torrijos con la calle de Padilla.

patio, en el puesto de vigilancia de éste o en una sala cualquiera del interior. A Escala, el metalúrgico, le traía frito. Hasta de madrugada se le presentaba para cachearle el petate, sus pocos enseres y papeles. Lo que le encontraba siempre era una aritmética y los ejercicios que de ella extraía. La obsesión vigiladora del primer jefe de servicios le llevaba, según rumores, a colocarse desde su cercana casa, y en días libres, en posición de husmear con unos gemelos, las idas y venidas de los reclusos por el patio.

### DEPURACIONES PROFESIONALES. JUSTICIA DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

En los dos mil detenidos de Torrijos, como en tantas otras prisiones, estaban representados pedazos de la Historia de España, por pequeños que fueran. A través de tal concejal, de dirigentes o militantes sindicales. Había asturianos con la experiencia de octubre de 1934. Primitivo Carpintero, redivivo en la figura de Don Quijote por su propio talante, traía a la imaginación la Mancha y su legendario pueblo de Villa de Don Fadrique. Presos estaban abogados, maestros, médicos, rayados ya todos de las listas en los

respectivos colegios profesionales. Lo que no impedía que, por ejemplo, médicos reclusos fueran en realidad quienes hicieran frente a las necesidades sanitarias de sus codetenidos. Naturalmente, bajo la púdica o hipócrita capa, según los casos, de los médicos oficiales.

Perdidos e ignorados de la población penal, había dos vendedores del primer número de la primera época de «Mundo Obrero» —metros del Puente de Vallecas y de Ventas— de 1.º de agosto de 1930. Encerrados estaban igualmente periodistas; en Torrijos y en otras cárceles. Detenidos, unos antes de aparecer las órdenes ministeriales de 24 de mayo de 1939 y de 18 de abril de 1940; otros, que por precaución, por lógica o adversión ideológica o política no se habían presentado ante el tribunal instituido para ejecutar la depuración corporativa. De una u otra manera quedaban todos ellos excluidos del recién creado Registro Oficial de Periodistas. Se comenzaba así a atar y bien atar las cosas del oficio con vistas al futuro.

En la nave que en otro tiempo fue capilla del convento habían reunido a los condenados a muerte. Entre ellos —como en el resto de la cárcel— la hora dura era la del recuento de la tarde en que se producían las sacas. Después, a la hora de extenderse sobre los petates aún se producían



Retrato a plumilla de Miguel Hernández, realizado por Antonio Buero Vallejo, que fue su amigo en los tiempos amargos de la prisión.

rasgos de humor. Por ejemplo, era célebre un sentenciado que al encender un pitillo se dirigía frecuentemente a su vecino para mostrarle que él era «un cadáver fumante». Había alegrías en la prisión. Cuando al volver de los consejos de guerra daban los regresados la noticia de su condena. Si ésta no era «la pepa», la pena de muerte, aunque fuera de treinta años, estallaba el jolgorio, surgía el manteo del «agraciado» a los gritos de «¡Otro que lo ve!».

En Torrijos, como en tantas otras cárceles de Madrid y de España, la muerte llegaba inexorable. El Padre Pérez del Pulgar, dirigente del Patronato de Redención de Penas por el Trabajo, lo había dicho en la prisión del Barco. Que Dios había perdonado, pero que la justicia de los hombres tendría que pasar. «Redención», el periódico del Patronato que no de los presos, había difundido el propósito. Y una tarde, en julio de 1940, al ir a tocar recuento, fue la vez fatal para Antonio Díaz González.

Antonio llevaba cuatro meses condenado a muerte. Como en jefatura no controlaban bien las sentencias de los tribunales, al regresar de consejo quedó en la sala 10. En aquellos cuatro meses Antonio fue un ejemplo de moral. A pesar de su incierta suerte comenzó a estudiar de firme. Gramática y francés. Se le admiraba por ello. El respondía de que en caso de que le fusilaran se habría distraído. Y que si le conmutaban habría ganado tiempo para su preparación futura.

Joven comunista ya en los primeros tiempos de la República, se había dedicado a difundir la cultura a través de la biblioteca circulante de su barrio de la Guindalera. Obrero panadero, llegó en el Ejército a comisario político de brigada. Prisionero en Albaterra, le trasladaron a Madrid. A la hora de su saca supo anticipadamente por medios extraoficiales su fin inmediato. Así.

cuando llegó el funcionario y balbuceó su nombre, Antonio avanzó declinando su identidad. Añadió que era a él a quien buscaban. De repente se dirigió a todos los internados de la sala: «¡Muero por la Revolución!», les dijo. Y vuelto hacia el guardián invitó a éste a que se tranquilizase. Todavía tuvo un recuerdo para sus padres y para su novia.

Antonio fue sacado con otros tres más, uno de ellos de la C.N.T. Al domingo siguiente, el capellán se refirió indignado a «los hombrécitos que en el momento supremo se ponen frente a Dios». Pero Antonio no era ni un deslenguado ni un tragacuras. Simplemente no era creyente. Las palabras del capellán fueron respondidas unánimemente y por lo bajo, a través de las filas de presos, con un nombre: «Antonio». Ya en capilla había hallado éste en sus bolsillos unos tickets del economato. Los entregó al funcionario, quien al día siguiente los remitió al amigo que Antonio le designó.

#### **CORVINA, «RISA» Y «SOBRANTES DE ESPAÑA»**

El invierno de 1940-41 fue riguroso por el clima. Lo fue todavía más por el hambre. Se habían terminado hacía tiempo las «lentejas de Negrín». La población, y todavía más los presos, se alimentaban escasamente con boniatos, nabos madereros, bolas de un pan indigesto hecho con especies de serrín y la célebre corvina, el «bacalao de las clases humildes», como la había llamado Franco en uno de sus descubrimientos autárquicos. Hasta tal punto repugnaba la tal corvina que, a pesar del hambre, el patio de Torrijos se cubría de ella, arrojada por los reclusos. El panorama en el exterior era semejante. Por las carreteras, en dirección a la Francia ocupada por los nazis, marchaban los camiones cargados de vituallas y con letreros a sus lados indicando que todo aquello era «sobrante de España». El hambre se conjugaba con la miseria, los piojos, el tifus exantemático. Las familias estaban obligadas a ir a los establecimientos públicos, donde después de la ducha propia y de la desinfección de ropas destinadas a sus deudos recibían un certificado. Solamente con este papel les admitían a las comunicaciones. Aparte de cumplir el requisito de sustituir sacos de tela y capachos por latas para hacer entrar en ellos prendas y vituallas.

En la cárcel comenzaban a morir «de la risa» los más agotados. Les daba «la risa», es decir, dibujaban en su rostro una sonrisa al expirar. En el comienzo de esta ola mortífera fueron los comunes los más afectados. Faltos de moral,

aislados, sin espíritu solidario, sin ánimo para luchar contra la suciedad, eran las primeras víctimas del hambre y de la miseria.

Ni las vicisitudes personales de cada uno ni el desarrollo de los acontecimientos internacionales habían mellado la moral de la inmensa mayoría de los presos. Al contrario. Por unas u otras razones se creía ciegamente en la derrota de Hitler, de Mussolini y de Franco. Unos, porque la Unión Soviética estaba ahí; los otros porque confiaban en las democracias. Del pueblo español se pensaba siempre, pero no se hablaba nunca. Indirectamente, sí. Como en el Primero de Mayo de 1941, ya próximo el final en la etapa primera de Torrijos. En pleno patio se celebró la Jornada. Apretones de mano en silencio, felicitaciones «por el cumpleaños», alusiones al día presente mientras que se cambiaba un guiño de ojos. En aquel entonces hablar solamente del Primero de Mayo significaba «preparar un complot». Estaba muy lejos todavía la época en que la Jornada sería dedicada oficialmente a San José Carpintero.

En un pequeño grupo, sentados a comer unas almendras, se escuchaba el soneto leído por un detenido. Este se había colocado de espaldas al edificio, desde el cual podía observar el primer jefe de servicios:

**«Trescientos sesenta y cinco tiene el año».**

A pesar de lo que se haya dicho durante decenios, la Poesía española no se había hundido el 1.º de

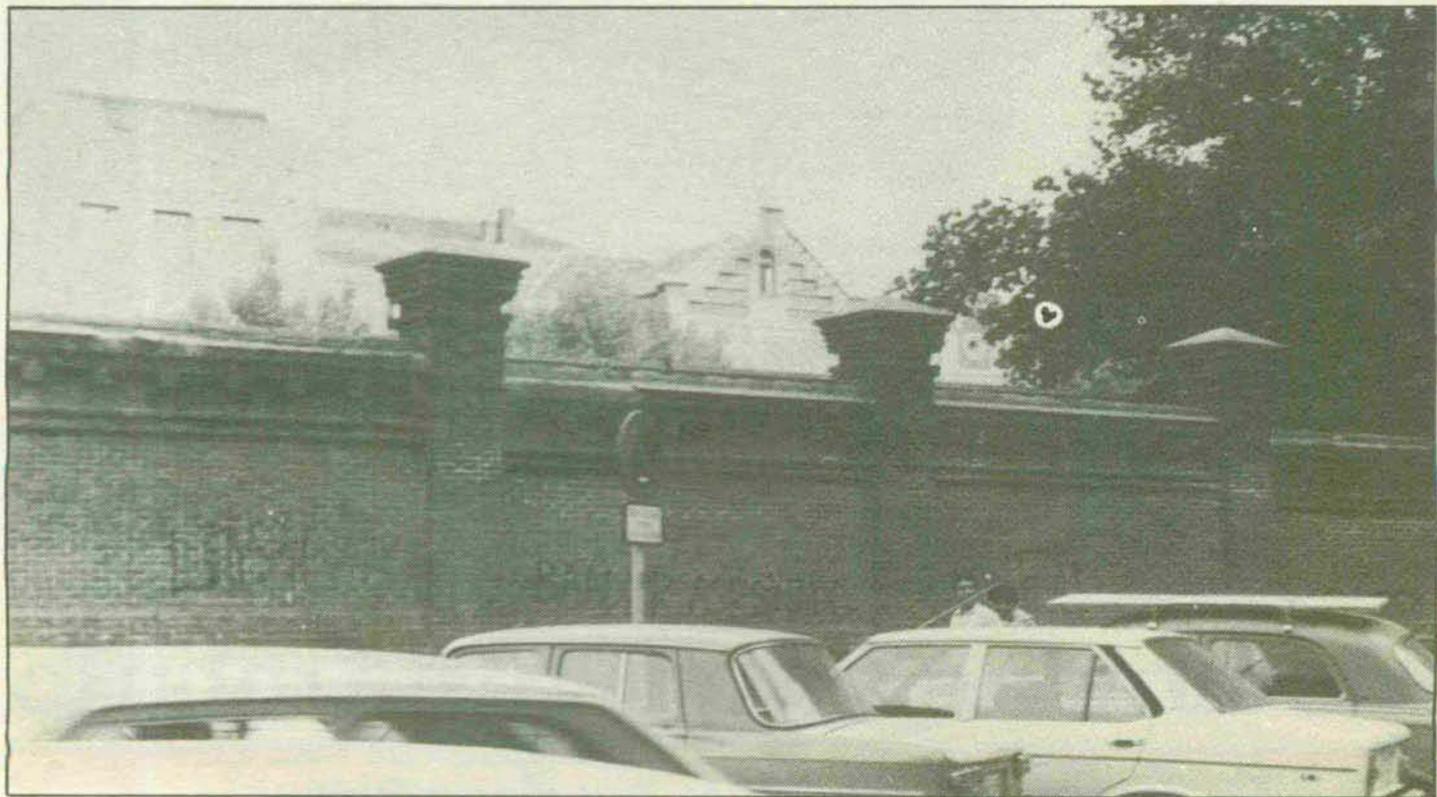
abril de 1939. Ciertamente, Lorca ya no vivía, Machado había muerto en Collioure, al exilio salieron Alberti, León Felipe y tantos y tantos. En una cárcel de Alicante vivía sus últimos meses Miguel Hernández. En aquel patio de Torrijos uno de sus presos continuaba la lectura:

**«Pasa pasando el tiempo de tristeza».**

Porque sobre los petates y en los rincones de los patios carcelarios, en los campos y destacamentos de prisioneros, en los refugios clandestinos, ya se rasgueaban versos por poetas noveles y menos noveles.

**«Al escoger, con fina sutileza,  
Ves un día de muchísimos recuerdos».**

Desde aquel Primero de Mayo fueron aceleradas las expediciones para los penales. Hasta que en junio se rumoreó que la prisión iba a ser disuelta. En efecto, se pidieron voluntarios para el traslado a la cárcel de Yeserías. Se apuntaron unos centenares. Salieron. Nueva llamada para otra prisión y nuevos candidatos. Comenzaron a llegar los del relevo. Comunes todos. Un mundo total, diametralmente diferente al que hasta entonces había albergado Torrijos. Luego se supo que aquella cárcel era destinada a punto de recepción y destino para todos los nuevos detenidos. Voluntarios para Porlier, inscripciones para... La Prisión de Torrijos, en su primera época, había terminado. ■ M. I.



Tapias traseras de la ex-prisión de Torrijos. Hacia el centro sobresale la nave afectada a capilla en los tiempos primitivos del convento.